

El agua rosada de la poesía palentina

Esperanza Ortega

*Quando una rosa se seca
y así del tiempo se sale,
el agua de ella queda
rosada, que más vale.*

El poeta que escribió estos versos no creía, como creían los clásicos y los renacentistas, sus imitadores, digo que no creía que el perfume de la rosa desapareciera definitivamente una vez que se marchitan sus pétalos. Muy al contrario, para este poeta, el agua donde estuvo la rosa conservaría en el tiempo su perfume, después de que los pétalos hubieran perdido su tierna frescura. Sin duda alguna su visión era la propia del hombre medieval, más preocupado por lo que queda cuando la vida se disipa que por el goce mismo del presente.

En estos cuatro versos he visto yo, además, toda una reflexión sobre el sentido de la poesía, en relación con la vida. Si la emoción de lo vivo es lo que inspira los versos del poeta, no es menos verdad que es la permanencia de esa emoción instantánea la que le lleva a iniciar el poema, con el fin de eternizar en el tiempo lo efímero y mudable. ¿Por qué hablar del beso cuando los labios de los enamorados ya se han separado? Y esto es precisamente lo que intentan hacer los poetas, conservar, como el agua de las flores, el perfume de lo que fue, del beso, por ejemplo, dando con sus palabras a lo efímero una nueva existencia. ¿Tiene algún valor este gesto? El poeta que escribió estos versos nos asegura que sí, que el agua rosada vale más todavía que la rosa misma, es decir, que la poesía conserva la emoción con más intensidad que la misma vida. Y yo creo que la esperanza de que esto sea cierto es lo que hace que todavía tantos nos pongamos cada día ante el papel en blanco o ante la pantalla del ordenador, para intentar hacer presente perdurable el perfume de nuestras flores. Incluso los clásicos, que siguiendo el tópico horaciano del *Carpe Diem*, invitaban al goce instantáneo del presente, debían sentir algo parecido, pues, en otro caso, ¿por qué rompían el silencio del beso con sus versos? Sin duda ellos también deseaban ser agua para esos pétalos de rosa, deseaban conservar el perfume de la vida en sus palabras, venciendo así al

deterioro del tiempo. Goza el presente, nos decían los clásicos, goza la primavera antes de que lleguen los días sombríos del invierno. El autor de los versos que cito nos dice más aún, goza el pasado, que se conserva en la memoria y que se expresa en los versos, este goce vale más que ninguno porque no se marchita como la misma vida.

¿Y quién es el poeta que escribió estos versos? Es un poeta medieval, concretamente del Siglo XIV, nacido en la provincia de Palencia, en Carrión de los Condes. Quizá los escribió al lado de la ventana, en una mañana invernal, mientras caían los copos de nieve, soñando con la frescura de la primavera al contemplar las ramas yertas por la helada. Sólo un hombre inmerso en una naturaleza a un tiempo hermosa y hostil puede haber escrito estos versos, un hombre que contempla caer la nieve es el más apropiado para trasladarnos a aquel instante en el que a un tiempo temblaba él mismo de emoción y de frío. La hostilidad, la dificultad de la vida, no la percibe este hombre únicamente en la naturaleza, sino también en la mirada de desconfianza de muchos de sus vecinos, porque él no es cristiano como la mayoría de la población de Carrión de los Condes, sino que pertenece al grupo de los judíos que viven en la aljama. Ellos, los judíos, al temblor de la emoción y del frío, añaden el del temor, más helado que ninguno. Es verdad que falta todavía un siglo para que Isabel la Católica decreta la expulsión de todos los judíos que no renuncien a su religión, pero ya aparecen los primeros nubarrones que anuncian la tormenta.

El autor de estos versos es conocido como el rabino Don Sem Tob. No sabemos casi nada de su biografía, pero él mismo nos dice en su obra que ha prestado servicios y ha sido protegido por el rey Alfonso XI. Seguramente, tras la muerte de Alfonso, se siente inseguro en el reinado de su hijo don Pedro I, que al poco de subir al trono ha torturado hasta la muerte a su tesorero Semu'el ha Levi. Y este no ha sido un hecho aislado. Tras la buena convivencia entre judíos y cristianos en las primeras décadas del Siglo XIV, al llegar la peste negra que asoló Europa a partir de 1348, se acusó a los judíos de haberla provocado y estos comenzaron a convertirse en chivos expiatorios. Esta corriente de animadversión desembocaría en los asaltos a las juderías de 1391, en los que se realizaron numerosas y crueles matanzas.

Aunque aún no se ha llegado a esos extremos, Don Sem Tob percibe ya claramente que su obra puede ser rechazada por el origen y religión de su autor, como declara en estos versos:

*Si mi razón es buena
no sea despreciada
porque la diz persona
rafez.....*

"Rafez" quiere decir despreciable, luego él mismo se autodenomina como perteneciente a una etnia marginada, tenida en menos por sus posibles lectores. Por eso defiende su obra, incluso a costa de reconocer que su autor, él mismo, puede ser despreciable, y lo hace con curiosas y hermosas comparaciones:

*Por nacer en espino
no vale la rosa, cierto,
menos, ni el buen vino
por salir del sarmiento.
Ni vale el azor menos
por nacer de vil nido,
ni los ejemplos buenos
por decirlos un judío*

Como espino y sarmiento se representa el autor, pero orgulloso de que su obra, hermosa y sabrosa como la rosa y el buen vino, haya salido de sus manos. Y tan orgulloso está de ella que se la regala al rey Pedro con el fin de obtener sus favores. Sólo un judío consideraría como el regalo más preciado un libro, pues este pueblo tiene por los libros, por todos ellos, un respeto verdaderamente religioso. Los libros guardan además el perfume de la rosa, son ese agua rosada que perpetua el olor de la memoria, en la que los judíos han guardado siempre su identidad y su valor. Del sabio no se busca, nos dice Don Sem Tob, el conocimiento personal, sino el conocimiento a través de los libros, que es donde se encierra la sabiduría y en donde esta se hace común:

*Por sólo esto quier
todo hombre de cordura
a los sabios ver,
no por su figura.
Por eso, mejor amigo
no hay como el libro*

El título de la obra de Don Sem Tob es el de *Proverbios morales*, lo que ya nos da una idea de su contenido. En sus estrofas se hace un elogio de la honestidad, como en la literatura moral de todos los tiempos, pero lo que más destaca de los consejos de Don Sem Tob, lo que singulariza y dota de verdad y dramatismo a sus enseñanzas, es la proyección personal de sus propias preocupaciones en el texto moral, habitualmente neutro y generalizador. Hay en los proverbios de Don Sem Tob un relativismo que nos asombra por su modernidad, y que es consecuencia de la vida de un hombre que ha experimentado el cambio de valores que se ha producido en Castilla en poco tiempo. Los judíos que, como él mismo, habían gozado de una buena posición social, son ahora despreciados, y los que como él habían mantenido buenas relaciones con el rey, temen hoy ser perseguidos o por lo menos marginados. ¿Cómo pueden cambiar así las cosas?, ¿cómo lo que era blanco hace unos años se ha vuelto negro de pronto? El pensamiento paradójico de Don Sem Tob se basa en su propia experiencia de confusión, obedece al intento de ordenar, a través de la antítesis y la paradoja, el absurdo y la irracionalidad del mundo que le rodea. Así, en unas estrofas alaba la generosidad y en otras la reprueba, en unos versos nos recomienda callar y en otros desprecia a los que callan, en unos nos anima a ser arriesgados y en otros nos conmina a ser prudentes; pero siempre con razones y ejemplos convincentes. Este es el relativismo al que me refiero. No hay ya para este rabino judío verdades absolutas, a no ser las que provienen de los libros sagrados, todo lo demás está expuesto al cambio permanente. El pensamiento relativista engendra una cautela a la hora de tomar decisiones, por eso su ética es la de la indecisión, defecto que Don Sem Tob convierte en virtud práctica. Dice en sus *Proverbios*:

*Según es el lugar
y la cosa cuál es
se diz prisa vagar
e faz llaman envés*

(Según sea el lugar y según la cosa es, se llama prisa a la lentitud y al derecho el revés)

Todo es relativo, depende del lugar en el que el que se sitúe el sujeto que juzga, de su punto de vista tan subjetivo como interesado. El mismo lenguaje es arbitrario, y como él las opiniones que se expresan. Por eso Don Sem

Tob no tiene nunca una opinión fija, en lenguaje coloquial, diríamos que no se casa con nadie:

*Por eso no sé jamás
tenerme a una estaca,
ni sé cuál vale más
si negra o si blanca.*

¿No se percibe claramente la relación de este relativismo de Don Sem Tob con el que aparece en los Proverbios de Antonio Machado? Yo creo que el rabino de Carrión hubiera suscrito las palabras socarronas de Machado cuando decía:

*Confiamos
en que no será verdad
nada de lo que pensamos.*

Y Machado las de Don Sem Tob cuando afirmaba:

*Mas esto es señal
de que no hay bien certero
en el mundo, ni hay mal
que sea verdadero*

Ambos poetas, Machado y Don Sem Tob, en el otoño de su vida, escribían sus Proverbios en tierras castellanas, en un mundo convulso y cambiante. Pero ambos llegaban a la conclusión de que solo había un camino seguro, el que nos lleva a hacer lo que consideramos bueno para los demás, con una especie de filantropía desengañada y solidaria. Esta es la única manera de que el intelectual indeciso esté a la altura de la circunstancias:

*No hay otro tesoro
como hacer el bien
ni aver más seguro
ni que dé más placer.*

Aunque estos versos parecen expresar un pensamiento platónico, el fatalismo relativista, muy propio de la mentalidad judía, le aleja a Don Sem Tob de la tentación del idealismo. Su pensamiento es el del sobreviviente, sabe que la vida es dura y que la alegría siempre viene acompañada por el dolor, la belleza por la fealdad y la vida por la muerte. Por eso dice:

*No se puede coger rosa
sin pisar las espinas;
la miel es dulce cosa
pero tiene amargas vecinas*

*No hay noche sin día
ni segar sin sembrar,
ni caliente sin fría
ni reír sin llorar*

*No hay sin tacha cosa
ni goce sin zozobra,
ni sin fea hermosa
ni hay sol sin sombra*

Pero la estrofa que más me ha impresionado de los *Proverbios morales* de Don Sem Tob es una en la que lo moral cede el paso a lo metafísico, con una reflexión sobre el tiempo que recuerda también al pensamiento de Machado:

*No por mucho andar
se alcanza lo pasado,
ni se pierde al parar
lo que no es llegado*

Por mucho que andemos persiguiendo la vida, efectivamente, nunca conseguiremos llegar hasta los días felices del pasado, que son los que más desearíamos revivir; pero no por eso tenemos que desesperarnos, porque tampoco nuestro desaliento y cansancio van a impedir que las nuevas horas se sucedan, que se presenten ante nosotros con su equipaje de deseo y promesa. El paso del tiempo no depende de nuestra voluntad, aunque lo vivamos de manera subjetiva, por eso se nos hacen tan cortas las horas felices y tan largas

las desdichadas; las primeras querríamos revivirlas y las segundas olvidarlas, pero el tiempo mismo avanza sin volver la espalda y nos arrastra en su carreta siempre hacia lo desconocido.

El tiempo que avanza en su carreta va tirando lastre en su camino y entre todo lo que arroja al olvido para cabalgar con comodidad, se encuentran los poetas como Don Sem Tob, que ya no se hallan en los libros de texto ni encuentran lectores que pasen sus páginas. ¿Y cómo he llegado yo a leer a Don Sem Tob? De la misma manera que a muchos otros autores, hojeando con curiosidad los tomos de la Biblioteca de Autores Españoles que mi padre compró, leyó y guardó con cuidado y paciencia durante toda su vida. No recuerdo que nunca me hablara del rabino Don Sem Tob. Mi padre, Teófilo Ortega, otro escritor palentino también olvidado, murió cuando yo tenía once años y hubiera sido poco apropiada para mí la lectura de sus *Proverbios morales* por entonces. Pero allí, en sus páginas, siguen aquellos versos, una especie de camino que, al recorrerlo, me lleva hasta el pasado, hasta la raíz misma de mi vida.

Don Sem Tob ha tenido, a lo largo de la historia, pocos pero muy buenos lectores. Ya el Marqués de Santillana, otro poeta vecino de Carrión, aunque de muy diferente linaje, alabó la escritura del rabino, y sus *Proverbios* no pasaron desapercibidos para Menéndez y Pelayo. En la actualidad, otros poetas castellanos han estudiado su obra, entre ellos Agustín García Calvo, autor también de *Proverbios y canciones*. Aquí, hoy, tenemos con nosotros a Marcelino García Velasco, que ha escrito un texto, publicado por esta misma Academia, breve, pero lleno de sugerencias interesantes. Se ve que el perfume de la poesía de Don Sem Tob va a tardar mucho en disiparse, al menos mientras queden en Palencia verdaderos amantes de los buenos versos.

La villa de Carrión de los Condes, quizá porque era una de las que atravesaba el Camino de Santiago, ha sido cuna de muchos poetas, además de Don Sem Tob. En Carrión, en la misma época del autor de los *Proverbios morales*, he leído que vivió don Pedro González de Mendoza, abuelo de don Iñigo de Mendoza, el Marqués de Santillana, aunque ninguna obra suya he podido encontrar hasta ahora.

Sin duda Palencia es un ejemplo de cómo el amor a la poesía se transmite como el olor del perfume de las rosas, pues son dos familias, la de los Mendoza y la de los Manrique, las que monopolizan el talento poético. Menéndez y Pelayo, en el prólogo a su *Antología de poetas líricos castellanos*, nos dice: *La nobilísima tierra de los antiguos campos góticos, aquella severa, pero veraz planicie, grata al heroísmo y al arte, que se dilata entre el Ezla, el*

Carrión, el Pisuerga y el Duero, tuvo la gloria de producir en la Edad Media cuatro de los más excelentes y famosos poetas: El Rabí Don Sem Tob de Carrión, el Marqués de Santillana y los dos Manriques, así como había de dar al Renacimiento español el primero de sus escultores en Berrugete. Y esos cuatro poetas de la región vaccea parecen enlazados entre sí por un vínculo más estrecho que el del paisanaje, puesto que en los cuatro predomina, en medio de las diferencias de origen y aún de religión, un mismo sentido doctrinal y un concepto grave y austero de la vida, que parecen muy en armonía con la majestad algo seca y desnuda del territorio en que nacieron.

Del Marqués de Santillana no voy ahora a ensalzar largamente sus obras, por ser de todos conocido su valor. Sólo quiero señalar cómo, al escuchar sus Serranillas, el perfume de los pétalos que se secaron vuelve a muchos de nosotros con especial intensidad, pues nos vienen a la memoria los mejores momentos de los días escolares:

*Moza tan hermosa
non vi en la frontera
más que esta vaquera
de la Finojosa...*

¿No es verdad? Cuando las aburridas clases de geometría o de ortografía dejaban paso a la recitación de poemas, igual que una canción de corro, los versos del Marqués de Santillana resonaban en nuestros oídos y se quedaban literalmente pegados a ellos. Era como si las aulas de repente se convirtieran en patios abiertos y la obligación en recreo. Una especie de tren de la alegría llegaba invitándonos a subir en él para ser arrastrados por los raíles de sus versos hasta *un verde prado de rosas e flores*.

Para mí, como para tantos, son sus *Decires y Serranillas* mucho más atractivos que sus consejos y proverbios, aunque con esta opinión contradiga la de Menéndez y Pelayo, que prefiere su versos doctrinales. Pero hay otra obra en la que también se percibe una emoción verdaderamente poética, me refiero a *El Infierno de los enamorados*, versión del Círculo de los lujuriosos del *Infierno* de la *Comedia* de Dante. A raíz de que yo misma estuviera entreteniéndome en traducir los cantos del poeta florentino, leí este infierno en miniatura del marqués. En él se recrea la escena en la que Dante y Virgilio se encuentran con Paolo y Francesca de Rimini, a la que el Marqués de Santillana se refiere como "la donna de Ravenna, de quien habla el florentino". Enton-

ces los dos amantes torturados en el calabozo eterno recuerdan con tristeza los días felices que pasaron veloces en la tierra. Santillana pone en boca de Francesca estos versos:

*La mayor cuita, que aver
puede ningún amador,
es membrarse de placer
en el tiempo del dolor...*

La atracción por lo italiano, que entonces significaba vanguardismo y modernidad, aparecía en los artistas palentinos del siglo XV como algo natural, propio de aquellos que no quieren perderse nada de lo valioso que existe en el mundo. La familia de los Berruguete es otro ejemplo de esta misma condición abierta a las innovaciones. Pero es en el *Infierno de los enamorados* donde el Marqués de Santillana nos ofrece su mejor obra de influencia italiana, muy por encima de los *Sonetos fechos al itálico modo* que tan citados son como antecedentes de los de Garcilaso y Boscán, pero que nunca llegan a producir entre sus lectores la impresión de encontrarse ante una obra maestra.

Y de Carrión también desciende el fraile franciscano apodado Fray Iñigo de Mendoza, nombre tomado del Marqués de Santillana, de quien seguramente fue criado y protegido. Fray Iñigo de Mendoza, autor de la obra titulada "Vita Christi". En las *Lamentaciones valencianas* del cordobés Juan de Narváez se da noticia del fraile Iñigo de Mendoza con estos versos:

*Cayó también en mi choza
el sutil componedor
Fray Iñigo de Mendoza,
muy alto predicador,
muy gracioso decidor
de trovadores monarca,
de profundos dichos arca
y minero de dulzor...*

Otros, en cambio, no tenían de él tan buen concepto, le acusaban de ser demasiado aficionado a los placeres mundanos y en especial a los encantos femeninos. En el Cancionero General se encuentran estos versos dedicados a su persona por un trovador al que llamaban Vázquez de Palencia:

*Este religioso santo
metido en vanos placeres,
es un lobo en pardo manto
¿Cómo entiende y sabe tanto
del trato de las mujeres?*

No sabemos si estas murmuraciones serían ciertas, pero sí que Fray Iñigo escribió tan buenos versos al amor humano como al celestial. En el *Cancionero general de Valencia*, de 1511 aparecen sólo dos canciones suyas y una de ellas dice así:

*Para jamás olvidaros
ni jamás a mí olvidarme,
para yo desesperarme
y vos nunca apiadaros,
¡Ay qué mal hice en miraros!
No pueden mis ojos veros
sin que me causen suspiros,
ni forzado requeriros,
ni nunca poder venceros.
Para siempre conquistaros
y vos siempre desdeñarme,
para yo desesperarme
y vos nunca apiadaros,
¡Ay qué mal hice en miraros!*

Si el amor es el tema de los mejores versos de los Santillana, la fugacidad de la vida y la devastación de la muerte son los temas en los que la familia Manrique ofrece sus mejores frutos poéticos. Al decir la familia Manrique me refiero a Gómez Manrique y a su sobrino Jorge Manrique, el autor de las *Coplas a la muerte de su padre*. Ambos escribieron poemas de amor, al estilo del Cancionero, pero ambos sobresalen por las composiciones con tono elegíaco. Quizá porque los dos, como Don Rodrigo Manrique, padre de Jorge y hermano de Gómez, tuvieron que poner constantemente su vida al tablero, es decir, jugarse su vida cada nuevo día, en una vecindad estrecha con la muerte.

Gómez Manrique, por ser el menos valorado de los dos, merece ahora más atención por mi parte, pues sus versos se me presentan como nuevos y ori-

ginales cada vez que los leo. Descubrí a Gómez Manrique en un librito que editó precisamente mi padre, en plena posguerra. Se trata de un pequeño volumen de la colección Flor y gozo, editado en Valencia en 1941. El prólogo de esta edición, escrito por mi padre, comienza así:

Mañana fría de Enero, con rayos de sol crucificados por la helada. Mañana de domingo en la que acuden a misa los pocos vecinos de Calabazanos. En la iglesia se remansa la voz y la huella de los siglos, petrificada en sepulcros, luminosa en cirios, viva y operante en el hábito de este religioso que sale a nuestro paso. Voz de eternidades, a muy pocos kilómetros de la ciudad donde vivo, Palencia, ciudad de mis sepulcros y de mis cunas, de mis alegrías y dolores, recipiente claro y abierto de mis horas atribuladas.

Calabazanos vive y vive con vida espiritual espléndida, porque doña Leonor de Castilla, nieta del rey Enrique III, fundó el convento que aún subsiste. Doña Leonor fue esposa de don Pedro Manrique y al trucarse con la muerte el fecundo matrimonio que dio vida a quince hijos, doña Leonor elevó su alma al cielo con las oraciones perdurables de esta fundación conventual, donde aún parece oírse el eco de sus rezos.

Entre los hijos de don Pedro y doña Leonor figuraban don Rodrigo - cuya dolorosa muerte, devorado el rostro por un cáncer, removió el espíritu de Jorge, su hijo, arrancándole la eternal lamentación vertida en sus Coplas- y don Gómez Manrique, nacido en 1412...".

¿Quién era este poeta que no se estudiaba en los libros? Ahora puedo contestar que Gómez Manrique nació en Amusco hacia 1412. Su madre, doña Leonor, al quedar viuda, profesó en el monasterio de Calabazanos y para ella compuso nuestro poeta la *Representación del Nacimiento del Señor* en cuya introducción se leen estos gratiosos versos, toscos e inocentes, referidos a la figura de San José:

*¡Oh viejo desventurado!
Negra dicha fue la mía
en casarme con María
con quien fuese deshonorado.*

*Yo la veo bien preñada,
no sé de quien ni de cuando;*

*dice que de Espíritu Santo,
mas yo desto non sé nada.*

Sin embargo, como ocurre con la obra de su sobrino Jorge Manrique, son las elegías las obras más destacadas de este poeta, así como aquellas en las que se dan consejos, no tanto para bien vivir, como para morir con dignidad. Gómez Manrique fue un maestro de la elegía. Escribió una a Garcilaso de la Vega, un sobrino del Marqués de Santillana, que cayó herido por una saeta en la frontera de Granada. Pero la más importante de sus elegías es la dedicada a la muerte del Marqués de Santillana, al que admiraba y respetaba sobremanera. Esta obra se titula *El Planto de las virtudes e Poesía, por el Magnífico Señor Don Iñigo López de Mendoza*. Comienza el Planto situando al poeta en un lugar inhóspito, en donde le asaltan todo tipo de inclemencias, en clara alusión a la selva oscura de la *Comedia* de Dante. Dice Gómez Manrique:

*Non jazmines con sus flores
había, ni praderías;
ni por sus altos alcores
resonaban ruiseñores,
ni sus dulces melodías,
tejos eran sus frutales
y sus prados pedernales
y búhos los que cantaban,
cuyas voces denotaban
los advenideros males (...)*

*Y bien como quien camina
por ventas en invernada,
cuando la tarde declina,
aguija muy más ayna
por fallar cierta posada,
iba yo cuanto podía,
pero la lumbre del día
del todo me falleció
y la tiniebla cubrió
cuando menos me cumplía.*

Si seguimos leyendo el poema, nos encontramos con que, al amanecer, el poeta se halla ante un castillo abandonado donde se está celebrando un duelo. Allí están siete doncellas que representan a las siete virtudes. La Poesía llora con ellas la muerte del Marqués de Santillana.

Otra obra son sus *Consejos morales*, dentro de la literatura proverbial en la que también se enmarca la poesía de Don Sem Tob. Es en estos consejos donde se puede apreciar con claridad la influencia sobre las *Coplas* de su sobrino Jorge Manrique. Por ejemplo cuando nos incita a despreciar los bienes perecederos:

*¡Oh tú en amor hermano!
Nacido para morir,
pues la no puedes fuir,
el tiempo de tu vivir
no lo despiendas en vano;
que vicios, bienes, honores
que procuras,
pasanse como frecuras
de las flores*

¿Cómo no recordar las verduras de los prados de Jorge Manrique, que equivalen exactamente a las frescuras de las flores de su tío? En Gómez Manrique se da también un desprecio por la vida de los poderosos, que anuncia ya el tópico del menosprecio de la corte y alabanza de la aldea tan característico del Siglo de Oro. Gómez Manrique intentó siempre evitar las luchas inútiles entre los nobles, pero no lo consiguió y se vio envuelto en muchas de ellas. Quizá por eso advierte en uno de sus consejos:

*Que hartos te vienen días
de congojas tan sobradas
que las tus ricas moradas
por las chozas o ramadas
de los pobres trocarías:
que so los techos polidos
y dorados,
se dan los vuelcos mezclados
con gemidos.*

Sin duda son memorables muchos versos de Don Sem Tob, el Marqués de Santillana y Gómez Manrique, pero eso no quiere decir que sea imprescindible conocerlos para hacernos una idea de lo que fue el hombre y el mundo medieval. Son prescindibles estos autores porque Jorge Manrique reunió, destiló y presentó sus hallazgos poéticos y enseñanzas en su obra capital: *Las Coplas* que escribió a la muerte de su padre don Rodrigo Manrique.

Yo las escuché de labios de mi padre mucho antes de que tuviera paciencia e interés por leerlas. Ni siquiera sabía entonces que eso de que la vida son los ríos que van a dar a la mar que es el morir, lo había dicho un caballero nacido en Paredes de Nava, que se llamaba Jorge Manrique. Pero ya guardaba en mi memoria los versos que mi padre recitaba mientras iba por los caminitos del monte de Palencia:

*Este mundo es el camino
para el otro que es morada
sin pesar,
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin errar...*

Así que, cuando los escuché en el colegio, mucho peor recitados, supe que no eran solo esas cosas raras y maravillosas que decía mi padre, sino que eran versos que estaban escritos en los libros y que había que aprender y conservar. Leí por primera vez las *Coplas* en un librito impreso en Afrodísio Aguado, el año 1943. Esta edición, muy cuidada, tiene una particularidad: le faltan las últimas coplas, aquellas en la que la muerte se lleva definitivamente a Don Rodrigo al Más Allá. Y el caso es que la colección de estos libritos se titula precisamente Más allá y su nombre aparece debajo de un logotipo en el que figura un libro abierto y un barco que navega entre sus páginas como símbolo del Plus ultra imperial. Paradojas y misterios de una época sombría. ¿Estarían las *Coplas* censuradas por entonces? No lo creo. Seguramente fue el linotipista de Afrodísio Aguado el que decidió truncarlas antes de su conclusión.

Con el tiempo leí también un libro de mi padre titulado *La voz del paisaje*, que tiene como protagonista a Jorge Manrique. Es esta una obra escrita cuando aún era muy joven, en Bribiesca, en donde había sido desterrado por haber repartido por la Calle Mayor de Palencia copias de una carta firmada por

Unamuno, durante los años de la dictadura de Primo de Rivera. El libro lo edita Parábola, en Burgos.

La voz del paisaje no es otra que la que se escucha en las *Coplas* de Jorge Manrique, una voz que es espacio, olor, calor y sed de eternidad. ¿No es esta la voz de la poesía? La voz de la poesía identificada con el paisaje castellano, en el que el poeta de Paredes traza un nuevo y definitivo camino. Aunque no sea Jorge Manrique el creador de la metáfora que identifica la vida con un camino, como puede apreciar cualquiera que lea el primer verso de la *Comedia* de Dante, que comienza así:

En medio del camino de la vida....

Jorge Manrique era un caminante más, que iba por el sendero de la poesía alimentándose con los frutos de los árboles que le daban sombra. Y entre esos frutos encontró la metáfora del camino y la vida. Lo mismo le ocurrió posteriormente a Antonio Machado:

*Caminante, son tus huellas
el camino y nada más.
Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar...*

Aunque esa misma metáfora, en Machado, exprese un pensamiento existencialista, diametralmente opuesto al de Manrique, pues el camino de Machado no conduce a una morada segura, ni está trazado previamente, sino que es el resultado de la propia vida y le trazamos cada uno de nosotros con nuestra particular existencia:

*Al andar se hace camino
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar...*

Ese mismo camino es el que recorrió García Lorca y esa misma metáfora es la que recogió en estos versos en los que un jinete siente la premonición de la muerte cercana:

*¡Ay qué camino tan largo!
 ¡Ay mi jaca valerosa!
 Aunque sepa los caminos
 yo nunca llegaré a Córdoba.*

Leyendo a Francisco Pino he recordado también los versos de Manrique. Me refiero a un poema conmovedor en el que imagina a la muerte como la encargada de borrar las huellas, la que nos hace ligeros como los pájaros y nos permite avanzar sin hollar el camino de la vida:

¿Habrá algo más hermoso que quedarse sin huellas?

comienza diciendo, como si contestara a la voz cercana de Machado y a la más alejada de Manrique, en una conversación que se produciría en un paseo por los campos de Castilla, al que los tres eran, seguro, tan aficionados.

Efectivamente, Manrique recoge los frutos y es él mismo árbol florecido que regala sus frutos a los caminantes. Recogió de las *Danzas de la muerte* medievales la idea del poder igualitario de la muerte, que resumió en otra de sus célebres sextinas:

*Allí los ríos caudales
 allí los otros medianos
 e más chicos
 que, allegados, son iguales
 los que viven por sus manos
 e los ricos*

Aprendió mucho de su tío Gómez Manrique y de todos los poetas anteriores a él, incluso de los clásicos, a los que sin duda leyó en antiguos manuscritos, pues ellos ya se habían planteado la eterna pregunta del *Ubi sunt?*, es decir, ¿Dónde está el esplendor, la belleza y vigor de la juventud, cuando el cuerpo yace sin vida, en manos de la muerte? Y esta síntesis de todo lo que se había escrito sobre la muerte es lo que hace de las *Coplas* de Jorge Manrique una obra imprescindible, nunca suficientemente celebrada, merecedora de guar-

darse como el mejor perfume para que las sucesivas generaciones lo puedan disfrutar.

Pero don Jorge, el caballero de Paredes, no se limitó a cosechar, también sembró en el camino. Y las semillas que repartió no nos hablan de la muerte, sino de la vida. Sí, de la vida, del amor, de la poesía, de toda la belleza a la que no estaba dispuesto a renunciar, al menos en sus versos. Esa belleza era la rosa seca, de la que él extrajo el agua rosada de la poesía:

*¿Qué se hicieron las damas
sus tocados, sus vestidos,
sus olores?
¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?*

se pregunta entre el asombro y la melancolía, imaginándose, como en un retablo medieval, las figurillas de madera policromada, con toques dorados, de las damas hermosas por las que él mismo había ardido de amor en otro tiempo. E inmediatamente da vida con sus versos al retablo y las figurillas se ponen en movimiento. El sonido de las campanadas que tocan a muerto, que había presidido toda la elegía, es interrumpido por una música de laúdes y chirimías cuando dice:

*¿Qué se hizo aquel trovar
las músicas acordadas
que tañían?
¿Qué se hizo aquel danzar,
aquellas ropas chapadas
que traían?*

Aquí está lo verdaderamente personal de Manrique, en esta melancólica puesta en escena de la vida. Lo demás pertenece a su padre, don Rodrigo, el recto caballero cristiano; esto, en cambio, pertenece a Jorge, a la vida que queda, aunque sea solamente en el frasco de perfume de agua de rosas. Y esto, como nos decía Don Sem Tob en su proverbio, es lo que tiene más valor, el valor imperecedero de lo efímero e intenso a un mismo tiempo, es decir, el valor de la emoción poética.

Y, para terminar con este recorrido caprichoso por la poesía medieval de los palentinos, caprichoso porque me guía el olor del perfume de unos versos, voy a saltar hasta una de las últimas coplas de Manrique, aquella en que se refiere a la vida de la fama, que ha sido explicada como un antecedente de la visión renacentista el mundo.

Efectivamente, a la esperanza de la vida eterna, los renacentistas añadían la esperanza en la vida de la fama, que no duraba eternamente, pero que sostenía el nombre del fallecido cuanto durase el conocimiento de sus obras, siempre que estas tuvieran algo de extraordinario, de realmente memorable. Esa fama se asemejaba un poco a la vida eterna en el terreno de lo humano. Quizá por eso actualmente, en un mundo en el que pocos creen en la vida eterna, tantos se afanan en hacerse famosos, incluso a costa de obras nada recomendables. Parece que lo verdaderamente valioso es aparecer en los medios de comunicación, que son el símbolo de la pequeña eternidad que todos anhelamos. Manrique cifraba la fama de su padre en el recuerdo de sus hazañas contra los moros y situaba la vida de la fama como la antesala de la morada eterna en estos versos:

*No se os haga tan amarga
la batalla temerosa
que esperáis,
pues otra vida más larga
de fama tan gloriosa
acá dejáis:
Aunque esta vida de honor
tampoco es eternal
ni verdadera,
mas con todo es muy mejor
que la otra temporal
percedera*

Yo no voy a enmendarles la plana a los críticos que han visto en las palabras de Manrique un anuncio de la visión renacentista que durante el siglo XVI llegaría a España de manos de los poetas Boscán y Garcilaso de la Vega, pero sí quiero señalar que la vida de la fama ya había sido nombrada y ensalzada en numerosas obras medievales. ¿Qué otra razón llevaba a los juglares a ensalzar las hazañas de los héroes en las Canciones de Gesta?, ¿por qué la

honra era la obsesión de los caballeros, hasta el punto de llegar a anteponerla a la misma vida? Pero es que además, en los poetas palentinos anteriores a Manrique de los que he hablado anteriormente, ya aparece formulada la idea de que la vida de la fama es importante y codiciable.

Marcelino García Velasco, en la separata a la que me he referido hace unos momentos, señala estos versos de Don Sem Tob como antecedente de los de Jorge Manrique:

*Le ha de quedar buena fama
cuando se hayan perdido
los bienes y la cama
y los ricos vestidos*

*Por ella será honrado
el linaje que quedare
cuando fuere acabado
lo que en él se heredare*

*Jamás su buen nombre
del todo se borrarán
que las lenguas de los hombres
siempre lo nombrarán*

No es nada extraño que Don Sem Tob hablara de la fama, pues esta es también el agua perfumada que queda cuando la rosa del fallecido se disipa. Y entre todas las formas de ser famoso que se pueden hallar, creo que la de la fama artística es la que produce un perfume más delicado y duradero. Esa es la herencia que tantos envidian, mucho más que la de hazañas militares, cargos políticos u otro tipo de honores que con el tiempo cambian de signo, de tal manera que, como decía Don Sem Tob, lo que ayer se veía negro, mañana se puede ver blanco, es decir, lo que hoy les enorgullece, mañana puede avergonzarles y el perfume que queda puede convertirse en pestilencia.

Por eso, porque la poesía permanece a salvo de este peligro, he traído a colación los versos de nuestros poetas, segura de no arriesgarme a confundirme de perfume. Seguramente los que me escucháis ya estaréis algo confusos al oír tantos versos mezclados de diversos autores, desde Machado a Gómez Manrique, desde el Marqués de Santillana hasta Pino o García Lorca.